

preciso impedirle que forzara el paso por aquella parte, y de consiguiente emplear una brigada de la division Villatte para que apoyara á la de Ruffin, sumamente debilitada con las pérdidas que acababa de sufrir. Tambien era preciso evitar que los enemigos bajasen contra nosotros de la loma del cerro, á lo cual se disponian. La otra brigada de la division Villatte, sobrado débil para subir á él sola, era suficiente para contener al enemigo que tenia delante, y debi situarla del modo mas ventajoso á fin de realizar este proyecto. He aqui, pues, todo el primer cuerpo emplearlo como podia serlo despues de la retirada del cuarto.

No era ya posible ejecutar el ataque del cerro sin comprometer al ejército; por manera que solo pensé entonces en amenazarle, mientras marchaban hácia el enemigo las tropas de la derecha, y las de la izquierda procuraban con su presencia de ánimo y sus esfuerzos conservar el terreno que habian gana-

do al enemigo, é impedir que nos rebasase. Estas disposiciones tuvieron todo el éxito que eran de desear en semejante circunstancia, pues la izquierda de los enemigos fué víxamente rechazada, las tropas que tenian en el cerro no se atrevieron á bajar, y la division Lapisse se mantuvo en sus posiciones, aunque es verdad que le ayudó la caballeria del general Latour-Maubourg.

Tales son las diversas circunstancias que contrarrestaron les ataques del cerro. Espero ilustrarán á S. M. C. y que de hoy mas no fluctuará, en sus benévolos sentimientos hácia mi, entre el contento y la desaprobacion.

Tengo la honra de recordar á S. M. C. que los oficiales á quienes encargué le instruyeran del estado de las cosas son el señor general Lucotte, los coroneles Guye y Chateau, y un ayudante de campo del señor general Latour-Maubourg; y que los primeros debian tranquilizar á S. M. C. refiriendole lo que yo pensaba de nuestra situa-

«Varios oficiales, entre ellos un ayudante de campo del general Latour-Maubourg, enviados por vos, señor duque, el 28 por la noche, me dijeron delante de todo el estado mayor general del ejército que el enemigo os cogia

la vuelta por la derecha, y que trataba tambien de dirigirse hacia la izquierda del cuarto cuerpo. Otros oficiales me dieron en nombre vuestro informes contradictorios, y entonces fué cuando me decidí á escribiros yo mismo pidiéndoos un parte por escrito, y diciéndoos que, entre tanto, daba orden para que todo el mundo descansara, permaneciendo en sus posiciones, y esperando nuevas órdenes así que fuese de dia.

cion despues de la retirada del cuarto cuerpo, y diciéndole era de parecer que este cuerpo volviera á colocarse en línea con la reserva para que la jornada fuese completamente ventajosa, pues en vez de hacer movimientos los enemigos hacia nosotros, parecia mas bien que se alejaban, y yo deseaba vivamente mantenerme en el campo de batalla. Iguales observaciones debió hacer á S. M. C. el coronel Chateau conforme á las instrucciones que le di, y segun lo que él mismo habia podido observar.

El ayudante de campo del señor Latour-Maubourg debió tambien repetir á su magestad católica lo que le dije varias veces en estos términos:

«Id á decir á S. M. C. de mi parte que el señor general Carrois ha reconocido una partida enemiga á nuestra izquierda en direccion de Talavera al puente del Alberche, y que el general Villatte me manifiesta que á nuestra derecha aparecen algunos batallones en la montaña. Sobre

todo no dejéis de decir á su magestad católica que no creo sean esos movimientos bastante serios para obligarnos á emprender la retirada, y que me parece de la mayor importancia el que permanezcamos como estamos.»

No conozco mas oficiales que hayan sido comisionados por mi para ir á ver á su magestad católica.

Mas arriba he referido lo que S. M. C. dijo al coronel Chateau para decidir el movimiento retrógrado, y la orden positiva apoyada en razones que no tenian réplica para que se emprendiese. Nada tengo que añadir sobre esto, sino que jamás podré concebir el motivo que haya podido dictar la carta en que S. M. C. condenó á la una ó las dos de la madrugada una retirada que mandó hacer, á pesar de mis instancias, á las once de la noche, y que estaba concluida cuando se me entregó esa carta.

«Pero advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles, y me

Si S. M. hubiese tenido datos exactos acerca de mi conducta en todo tiempo desde que me hallo en España, y

apresuro á acabar especialmente de la que he esta carta, declarandoos francamente que tengo el parte que me habeis dirigido por lleno de hechos erróneos.

observado antes de la batalla de Talavera, durante ella y despues, no me hubiera negado su aprecio un instante siquiera ni tomádose la molestia de entrar en tantos pormenores para manifestarme que me lo niega. Con eso me hubiera ahorrado el pesar de leer y el dolor de tener que contestar.

En cuanto al parte que tanto ha podido indisponer á S. M. C. contra mí, debo asegurar que el jefe de estado mayor lo estendió con el intento de instruir á S. M. C. minuciosamente de todas las operaciones del primer cuerpo, que escribió los hechos como los vió y pasaron, y que si en ellos hay algun error, no se ha cometido con el designio de faltar al respeto que, lo mismo él que yo, profesamos á S. M. C. Yo lei ese parte cuya veracidad me llamó la atención, pero siento no haber observado con bastante atención, para suprimirlos, algunos pasages que puedan faltar á las reglas de la urbanidad.

«Segun parece, os pesa mucho estar á mis órdenes, y no debo ocultaros que tambien yo deseo vivamente, señor mariscal, se sirva destinaros á otra parte S. M. I. y R.
JOSE.»

No sé como he podido dar lugar á que S. M. C. piense me pesa estar á sus órdenes, pues me parece que he aprovechado todas las ocasiones que se me han presentado para probarle era para mí una insigne honra, al propio tiempo que una satisfaccion, servir bajo su mando, necesiándose nada menos que su carta de 27 de agosto y el deseo con que termina para inducirme á pensar de otro modo. Si S. M. C. se ha dignado leer este escrito que el honor, así como el deseo de poseer su confianza, me manda trazar; si las aclaraciones verídicas que le doy le mueven bastante para hacerle conocer ha sido sorprendida su rectitud, olvidaré sin esfuerzo las penas que su poco merecido descontento me ha causado, y todavía podré probarle en adelante que soy digno de su benevolencia. En caso contrario, aprovecharé el permiso que me concede para pedir á S. M. el emperador y rey me destine á otra parte.

Cuartel general de To-

ledo 14 de setiembre de
1809.

*El mariscal duque de Be-
llune.*

VICTOR.

*Estracto de las memorias manuscritas del maris-
cal Jourdan.*

(1809.)

«Al mismo tiempo que los franceses se diri-
gian el 27 de Santa Olalla hácia el Alberche, los
generales Cuesta y Sherbrooke se replegaban so-
bre Talavera, y el general Wilson, que habia lle-
vado sus avanzadas hasta Navalcarnero, con la
esperanza de hacer que estallara una insurreccion
en Madrid, con cuya capital estaba en inteligen-
cia, volvía atrás á toda prisa.

«El ejército francés empezó á llegar al cerro
que domina el Alberche á eso de las dos de la
tarde. Desde allí se veía á los enemigos moverse;
pero el terreno cubierto de olivos y un encinar,
no permitía distinguir si se retiraban ó tomaban
posiciones. Se reconoció tambien una retaguardia
que quedaba en el encinar, en las inmediaciones
de Casa de las Salinas, compuesta de una division
de infanteria, una brigada de caballeria y cuatro
bocas de fuego, y mandada por el general Mac-
kenzie.

«Con la esperanza de batir á esa retaguardia
y llegar contra el grueso del ejército antes que los
generales enemigos hubiesen acabado de tomar

sus disposiciones, ya quisieran aceptar la batalla
ó rehusarla, mandó el rey que el mariscal Victor
pasara el Alberche con sus tres divisiones de in-
fanteria y la brigada de caballeria lijera del gene-
ral Beaumont, y se dirigiera hácia Casa de Sali-
nas. El regimiento 16.º de infanteria lijera, que
marchaba á la cabeza de la division Lapisse, no
tardó en trabar el fuego, y despues de un comba-
te que duró una hora, tuvo que retirarse precipi-
tadamente el general Mackenzie, sufriendo una
pérdida de consideracion los regimientos ingle-
ses 31.º y 87.º

«Mientras se verificaba esta refriega, pasaban
el Alberche los dragones de Latour Maubourg y
la caballeria lijera del general Merlin, y se forma-
ban en la llanura, entre el camino real de Talave-
ra y el de Casa de las Salinas, siguiendo el mismo
movimiento el cuarto cuerpo y la reserva, coloca-
da á su izquierda la division de dragones del ge-
neral Milhaud. En este orden avanzó aquella
parte del ejército, y cuando llegó la noche se de-
tuvo á tiro de cañon de los españoles, á los cuales
no se podia distinguir á causa de los vallados y
los olivos que los ocultaban.

«La caballeria lijera encargada de ir á reco-
nocerlos, fué recibida con una vigorosa descarga
que la hizo replegarse un poco en desórden, lo
cual dió lugar que sir Wellesley y el general
Cuesta pintaran en sus partes este simple recono-
cimiento como un ataque combinado que se re-
chazó.

«Sobre la derecha, continuando el duque de
Bellune la persecucion y haciendo fuego de cañon
sobre la retaguardia de los ingleses, desembocó

del encinar, y se halló frente á una colina en que apoyaban su izquierda. Pareciéndole que aquella altura era la llave de la posicion, el mariscal creyó debía procurar apoderarse de ella al momento sin esperar órdenes del rey. El general Ruffin, á quien se confió el ataque, puso su division en movimiento á las nueve de la noche, y el regimiento 9.º de infanteria lijera atravesó un barranco ancho y profundo, subió la cuesta escarpada de la colina y llegó hasta la cumbre; pero no habiéndole sostenido el 24.º, que en la oscuridad tomó una direccion falsa, ni el 96.º que se retardó en el paso del barranco, fué rechazado con pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos, hallándose entre estos últimos su coronel Meunier que recibió tres balazos.

«Los generales ingleses y españoles han dicho en sus partes que este ataque se renovó durante la noche; pero es un error. Efectivamente, á eso de las dos de la madrugada hizo su linea un fuego bien nutrido por espacio de algunos minutos, lo cual fué ocasionado sin duda por una alarma falsa pues los franceses no se movieron de sus vivaques.

«El duque de Bellune, al dar cuenta al rey del resultado de su ataque, le previno iba á repetirlo al amanecer. Quizás se debió mandarle que esperara á que se hubiese reconocido bien la posicion de los enemigos y estuviera todo dispuesto para una accion general; pero el mariscal conocia perfectamente el terreno en que se hallaba por haber permanecido mucho tiempo en las cercanias de Talavera, y estaba al parecer tan persuadido del triunfo que el rey creyó debía dejarle obrar segun deseaba.

El 28 por la mañana dispuso el general Ruffin sus tres regimientos del modo siguiente: el 9.º de infanteria lijera á la derecha, el 24.º de linea en el centro, y el 96.º á la izquierda, formado cada batallon en columna cerrada por division. Esos bravos regimientos treparon á la colina con extraordinaria intrepidez, y llegando el 24.º a la cima, estuvo para opoderarse de las cuatro piezas de artilleria que habia allí en bateria; pero como el enemigo no se veia amenazado en los demas puntos, pudo poner en marcha nuevas tropas que rechazaron á los acometedores. Sin embargo, los generales Ruffin y Barrois, que se distinguieron por su serenidad, sangre fria y valor, volvieron á conducir sus tropas en buen orden hacia adelante.

«Esta accion, que duró poco, fué muy mortífera. He aquí como se espresaba sir Welleslev en su parte al hablar de ella: *Defendiendo esa posicion importante, hemos perdido muchos oficiales valientes, entre ellos los mayores de brigada Forpe y Gardner; el general Hill ha salido tambien herido, pero levemente.* La pérdida de los franceses fué de no menos consideracion.

«Despues de este ataque infructuoso, el rey se trasladó al terreno que ocupaba el primer cuerpo, desde donde se descubria con mas facilidad la posicion de los enemigos. Dicha posicion tenia una legua de estension poco mas ó menos, desde la colina que coronaba la izquierda de los ingleses al Tajo, donde se apoyaba la derecha de los españoles. Esa colina, cuya pendiente es muy rápida, está enlazada con una continuidad de cerrillos que se prolongan en direccion á Talavera, y está separada de una montaña que forma el estribo del

Tietar por una cañada de cerca de trescientas toesas de curvatura, donde nace un barranco que protegía el frente de los ingleses.

«En el centro, entre los dos ejércitos enemigos habia una altura, en que se construyó un reducto y sobre el frente de los españoles existían unos olivares, muchos vallados, viñas y zanjas. La carretera que va á parar del Alberche á Talavera estaba defendida por una batería de grueso calibre colocada delante de una iglesia, ocupada, lo mismo que la poblacion, por infantería española.

«Se ve, pues, que los franceses tenían que superar graves obstáculos para acometer á los enemigos, mientras estos, formados en varias líneas en un terreno despejado, podían maniobrar fácilmente y enviar con rapidez socorros á los puntos mas amenazados.

«Después de hacer este reconocimiento, el rey preguntó al mariscal Jourdan si era de parecer que diera la batalla, y el mariscal contestó le parecia inatacable de frente una posición tan fuerte, defendida por un ejército muy superior en número; que como al principio descuidó sir Wellesley el ocupar la cañada y la montaña que habia á su izquierda, hubiera podido cogérsele la vuelta si en vez de llamar su atención por aquel lado con dos ataques, hubiésemos hecho al contrario serias demostraciones sobre su derecha; que durante la noche, y guardando el mas profundo silencio, se hubiera podido reunir todo el ejército hácia la derecha, situarlo en columna á la entrada de la cañada, atravesar esta al amanecer, y formarse en seguida sobre la izquierda en batalla; que verosimilmente nos hubiéramos hecho

dueños de la colina en la que hubiera girado perpendicularmente el ejército, lo cual habria obligado á los enemigos á cambiar de frente, movimiento que hubiese podido aprovecharse dando un ataque vigoroso; que con todo no hubiéramos podido lisonjearnos del buen éxito de una maniobra tan atrevida mientras no se ocultase al enemigo el paso de la cañada, lo cual era imposible ya, puesto que advertido el general inglés con los ataques anteriores del riesgo que corría su izquierda, la ponía en seguridad por medio de un numeroso cuerpo de caballería que en aquel mismo momento tomaba puesto á la salida de la cañada, y una division de infantería española que trepaba á la montaña; y que además, aun cuando fuese tiempo todavía de dirigir el ataque segun acababa de esponer, vacilaria en aconsejarlo al rey, atendiendo á que en caso de una desgracia, no podriamos retirarnos sino hácia Avila por caminos intransitables para carruages, sacrificando la artillería y los equipages del ejército y entregando á los enemigos Madrid con cuanto material habia allí reunido.

«El mariscal concluyó por decir era de parecer permaneciéramos de observacion al frente de los enemigos, ora en la posición que ocupabamos, ora regresando hácia el Alberche hasta el momento en que tuvieran los ingleses que separarse de los españoles de resultas de la marcha del duque de Dalmeida.

«Consultado á su vez el mariscal Victor, respondió que si el rey queria mandar atacara la derecha y el centro de los enemigos el cuarto cuerpo, él se comprometia á tomar con sus tres divisiones

la altura que habia atacado infructuosamente dos veces, añadiendo que *si no lo lograba, seria preciso renunciar á hacer la guerra.*

«Colocado el rey entre dos pareceres tan opuestos, estaba un poco apurado, pareciéndole por un lado muy dudoso el éxito, y conociendo por otro que si adoptaba el dictamen del mariscal Jourdan, no dejaria de escribir el duque de Bellune al emperador se le habia hecho perder la ocasion de alcanzar una victoria brillante contra los ingleses.

«No obstante, es probable hubiera seguido el consejo de la prudencia si en aquel mismo momento no hubiese recibido una carta del duque de Dalmacia en que anunciaba que hasta el 3 ó el 5 de agosto no estaria reunido su ejército en Plasencia. Esta circunstancia trastornaba todos los cálculos. Sabíase ademas que el enemigo habia llevado artillería para batir á Toledo, y que la vanguardia de Venegas se acercaba á Aranjuez. Era preciso, pues, dentro de dos dias, á mas tardar, formar un destacamento de tropas para socorrer á la ciudad atacada y salvar á la capital; pero antes de dividir sus fuerzas creyó el rey debia aventurar una accion general.

«Tomada esta determinacion, en vez de disponerse el mariscal Victor á atacar la colina con sus tres divisiones, á lo cual se habia comprometido, mandó al general Ruffin formase sus tropas en columna; se dirigiera al estremo de la derecha y penetrara en la cañada, costeano al pie de la montaña, hácia la cual impelió el 9.º regimiento de infantería lijera para contrarrestar á la division española que acababa de llegar á ella. Dió orden

al general Villatte para que formara igualmente sus tropas en columna y se colocara á la entrada de la cañada, al pie de la colina; y por último, solo al general Lapisse encargó atacase esa colina. La division de caballería lijera del general Merlin, y los dragones de Latour-Maubourg se situaron detrás de la infantería del primer cuerpo, para apoyarla en caso necesario, y para estar en disposicion de poder atravesar la cañada, pasando por entre las divisiones de Ruffin y de Villatte, si la de Lapisse tomaba la colina.

«El general Sebastiani recibió orden de situar la division francesa de su cuerpo de ejército en dos líneas á la izquierda de la de Lapisse, y la division alemana á la izquierda de la francesa, pero algo detrás, teniendo en segunda fila la brigada polaca. El general Milhaud, apostado en la estrema izquierda en un terreno mas despejado, estaba encargado de observar á Talavera y la derecha de los españoles. La reserva quedó de tercera línea del cuarto cuerpo.

«Eran las dos de la tarde, cuando se acabó de tomar estas primeras disposiciones. La division Lapisse debia empezar el ataque, pero la del general Leval, que, como hemos visto, debia formar sobre la izquierda un escalon á la espalda para estar en situacion de operar contra el ejército español en caso de que fuese á socorrer á los ingleses, ó bien tratase de hacer una diversion en favor suyo, rebasando la izquierda de los franceses; la division Leval, decimos, avanzó demasiado, y se halló en presencia de la izquierda de los ingleses y de la derecha de los españoles. Este error provino de lo enmarañado del terreno, y la imposibilidad

de distinguir la línea en medio de los olivares y las viñas.

«Apenas se desplegó, fué atacada por fuerzas superiores; pero sin embargo, despues de un violento combate que duró tres cuartos de hora, se rechazó al enemigo, y un regimiento inglés estaba pronto á rendir las armas, cuando cayó muerto el coronel del de Baden que lo habia copado. Este regimiento cedió entonces, y el inglés se vió libre; pero se le cogió unos cien hombres, el mayor, el teniente coronel y el coronel, el último de los cuales murió de sus heridas.

«Así que el rey advirtió habia entrado en lucha antes de tiempo la division alemana, envió orden al general Sebastiani para que la hiciese replegarse al terreno que debia ocupar. Con efecto, hubiera sido muy arriesgado privarse de la única infantería que podia oponerse al ejército español en caso de necesidad, y esponerla á ser envuelta por este ejército mientras luchase con la derecha de los ingleses.

«Ejecutada la orden, se formó la línea del cuarto cuerpo segun habia dispuesto el rey; pero las dos partidas acababan de perder mucha gente en una accion sin resultado; y la artillería del general Leval, conducida imprudentemente en medio de los bosques, viñas y zanjas, no pudo ser sacada de allí por haber matado el enemigo la mayor parte de los caballos que tiraban de ella; suceso lamentable de que han sacado partido los ingleses para atribuirse la victoria, y que se cometió la falta imperdonable de ocultar al rey.

«Habiendo acabado el mariscal Victor de tomar sus disposiciones, el general Lapisse se puso en

marcha á la cabeza de su division, atravesó el barranco, trepó por la cuesta escarpada de la colina, y empezaba á situarse en ella, cuando fué herido mortalmente. Conmovidas sus tropas con esta desgracia, y no siendo apoyadas, como debian serlo, por otras divisiones del primer cuerpo, no pudieron resistir al ataque de los refuerzos que sir Wellesley dirigió contra ellas. Obligadas á batirse en retirada, las rehizo el mariscal Victor, volviéndolas á conducir hasta el pie de la altura.

«Al mismo tiempo, temiendo el general inglés le cogieran la vuelta las dos divisiones, que segun hemos visto arriba, se divisaban en la cañada, lanzó contra ellas un grueso cuerpo de caballería; pero contuvo esta carga el fuego de la infantería francesa. Sin embargo, el 23.º regimiento de dragones de lijeros ingleses, pasó por entre las divisiones de Villatte y Ruffin, y se dirigió contra la brigada del general Strolz, compuesta de los regimientos 10.º y 26.º de cazadores montados. Maniobrando dicho general de modo que dejó pasar al regimiento enemigo, le cargó por la cola, mientras el general Merlin con los lanceros polacos y los ginetes de lijeros westfalenses, le acometia de frente; y rodeados por todas partes los dragones ingleses, todos ellos murieron ó fueron hechos prisioneros.

«Mientras tenian lugar estos sucesos en el primer cuerpo, la division francesa del cuarto atacaba con buen éxito el centro de los ingleses; pero quedando descubierta su derecha con la retirada de la division Lapisse, la cogió el enemigo de costado. No obstante, el general Rey, que mandaba la primera brigada, cargó al enemigo á la cabeza del

regimiento 28.º, teniendo el 32.º en segunda línea, le contuvo, y rechazó tres ataques sucesivos. Al mismo tiempo el general Belair, al frente del 75.º y del 58.º, arrollaba á la brigada de guardias y desembocaba en la llanura, cuando le detuvo una carga de caballería. Los tres gefes de batallón del primero de esos dos regimientos y su coronel salieron heridos; quedando prisionero este último.

«Advirtiendo el general Sebastiani que el ejército español no hacia ningun movimiento, acercó á él la division alemana, y la situó en segunda línea de la division francesa; pero mientras tanto recibió orden del rey de suspender su ataque y permanecer en el terreno que ocupaba, porque cualquier tentativa por aquel lado no podia tener resultado ventajoso, desde la retirada de la division Lapissé. Los ingleses, satisfechos con haber conservado su posicion, no emprendieron ya nada, y el combate cesó en toda la línea, aunque los dos ejércitos se hallaban únicamente á medio tiro de cañón.

«Queriendo el rey intentar un nuevo esfuerzo, dió orden á la reserva de que se dirigiera hácia la derecha, cuando se le hizo presente que el dia estaba muy avanzado, y que suponiendo que se consiguiese alguna ventaja, no habria tiempo para aprovecharse de ella. Entonces se revocó la orden, y el rey se retiró en medio de su guardia, donde estableció su vivac, mostrándose muy determinado á dar otra batalla á la mañana siguiente, ó á lo menos á no tomar un partido contrario sino despues de haber reconocido cuando fuese de dia las disposiciones del enemigo.

«Sin embargo, á eso de las diez de la noche llegaron unos oficiales del primer cuerpo á anunciar que el enemigo habia cogido la vuelta por la derecha al duque de Bellune, y éste no podia permanecer en su posicion; y otros al contrario decian que el mariscal opinaba que los enemigos no podrian resistir á un nuevo ataque. Para cerciorarse de la verdad, escribió el rey al mariscal sin demora; pero aun no habia recibido contestacion, cuando al rayar el dia se presentó el general Sebastiani, seguido de todo su cuerpo de ejército, diciendo se habia retirado porque el primer cuerpo se replegaba hácia Cazalegas, costeano las montañas.

«En este caso no habia que deliberar; era preciso seguir el movimiento. La division de dragones del general Milhand formó la retaguardia, y las tropas marcharon lentamente y en buen orden, sin que el enemigo las siguiese. El cuarto cuerpo y la reserva ilegaron á la posicion del Alberche por el camino real de Talavera á Madrid, al mismo tiempo que el primer cuerpo llegaba á él por el de Casa de las Salinas. Sabedor el rey de que quedaban atrás algunos heridos, mandó al general Latour-Maubourg volviera á dirigirse hácia adelante con su division, y los trajera, lo cual se ejecutó sin que el enemigo se opusiese.

«Esa retirada, emprendida sin necesidad, sin orden del gefe del ejército y contra su voluntad, dió margen á un vivo altercado entre el mariscal Victor y el general Sebastiani, cada uno de los cuales sostenia no se retiró sino porque el otro abandonó su posicion.»

CARTAS DEL EMPERADOR.

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 15 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 8, y no comprendo bien los asuntos de España ni lo que allí ha pasado, donde estaba el ejército francés el 29 y el 30, y donde permaneció esos dos días el inglés. El rey dice que hace un mes está maniobrando con cuarenta mil hombres contra cien mil; escribidle que de eso es de lo que me quejo. El plan de hacer que vaya el mariscal Soult hacia Plasencia es defectuoso, peca contra todas las reglas, tiene todos los inconvenientes y ninguna ventaja: 1.º porque el ejército inglés puede pasar el Tajo, apoyar su espalda en Badajoz, y no temer ya nada del mariscal Soult; y 2.º porque puede batir a los dos ejércitos en detall. Si, al contrario, hubiesen ido hacia Madrid Soult y Mortier, hubieran estado allí el 30, y reunido el ejército el 15 de agosto, ascendiendo á ochenta mil hombres, habría podido dar una batalla y conquistar á España y Portugal. Yo había encargado que no se diera batalla si los cinco cuerpos ó á lo menos cuatro no estaban reunidos; pero en Madrid no se entiende una jota de movimientos en grande.

NAPOLEON.»

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 18 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 12, y veo que ese día no había cartas de España. Si me hace tarde saber noticias de este país y de la marcha del duque de Dalmacia. ¡Qué ocasión tan bonita se ha frustrado! ¡Treinta mil ingleses á ciento cincuenta leguas de la costa delante de cien mil hombres de las mejores tropas del mundo! ¡Lo que es, Dios mio, un ejército sin gefe!

NAPOLEON.»

Al general Clarke, ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 25 de agosto de 1809.

«Adjunta hallareis una relacion del general Sebastiani que me remite el rey de España. Asi que haya recibido la del duque de Bellune que me anuncia, veré si conviene mandarlas insertar en el *Monitor*. Por la relacion del general inglés Wellesley vereis que hemos perdido veinte cañones y tres banderas. Manifestad al rey mi asombro, y mi descontento al mariscal Jourdan porque me envia patrañas, y en vez de darme á conocer el verdadero estado de las cosas me presenta exageraciones propias de un colegial.

«Deseo saber la verdad, cuales son los artilleros que abandonaron sus piezas, y las divisiones de infantería que se las dejaron quitar. Dad á en-

tender en vuestra carta al rey que he visto con sentimiento diga que los soldados han salido vencedores, pues esto es echar á perder las tropas; que el hecho es que he perdido la batalla de Talavera; que necesito, sin embargo, tener noticias verdicas y saber el número de muertos, heridos, cañones y banderas que hemos perdido; que en España se emprenden las cosas sin madurarlas y sin tener conocimientos en materia de guerra; y que el día de una acción se sostienen sin homogeneidad, sin proyecto fijo, sin decision.

«Escribid al general Sebastiani que el rey me ha enviado su parte sobre la batalla de Talavera: que en él no he encontrado el tono de un militar que da cuenta de la situacion de las cosas; y que hubiera deseado me hubiese dado á conocer las pérdidas y pormenores exactos, pero verdaderos, de lo que pasó, porque se me debe decir la verdad y así lo exige el bien de mi servicio.

«Haced entender á unos y otros que es faltar al gobierno ocultarle cosas que sabe por todos los individuos del ejército que escriben á sus parientes, y esponerle á que dé fé á todos los relatos del enemigo.

NAPOLEON.»

Al ministro de la Guerra.

SCHOENBRUNN, 10 de octubre de 1809.

«Deseo escribais al rey de España para que comprenda que nada es tan contrario á las reglas

militares como dar á conocer las fuerzas de un ejército, ya en órdenes del día y proclamas, ya en gacetas; que cuando se habla de nuestras fuerzas se debe exagerarlas y presentarlas como formidables, doblando ó triplicando su número, y que cuando se habla del enemigo se debe disminuir su fuerza en la mitad ó la tercera parte.

«Decidle que en la guerra todo es moral; que se ha apartado de este principio al decir que no tenia sino cuarenta mil hombres y al público que los insurgentes tenian ciento veinte mil; que eso de presentar como inmenso el número de enemigos es llevar la desanimacion á las tropas francesas, y dar al enemigo una opinion muy débil de los franceses; que es proclamar su debilidad por toda España, en una palabra, dar fuerza á los enemigos y quitársela á sí propio; y que está en el espíritu del hombre el creer que á la larga el número mas corto debe ser derrotado por el mayor.

«Los militares mas espertos calculan con trabajo en un día de batalla el número de soldados de que se compone el ejército enemigo, y en general el instinto natural induce á tener por mas numeroso de lo que es en realidad el enemigo que se ve. Empero generalmente cuando se comete la imprudencia de dejar que circulen ideas, ó autorizar uno mismo cálculos exagerados sobre la fuerza del enemigo, esto ofrece el inconveniente de que cada coronel de caballería que va á hacer un reconocimiento ve un ejército, y cada capitan de la compañía de cazadores, batallones.

«Veo, pues, con sentimiento lo mal que se dirigió en España el espíritu de mi ejército, repitiendo que éramos cuarenta mil contra ciento vein-